

De la participación al protagonismo infantil

Propuestas para la acción*

*Iván Rodríguez Pascual***

Ha transcurrido más de una década desde la ratificación (prácticamente) generalizada de la llamada Convención de Derechos del Niño, y ya es un documento seminal para todos aquellos profesionales cuyo campo de acción toca directa o indirectamente la infancia. Como bien señalan Alfageme, Cantos y Martínez: el carácter innovador de la Convención radica más en su posicionamiento y toma de principios que en la supuesta radicalidad de su articulado, en la medida que busca romper con la imagen –tan querida al discurso adultocéntrico– del niño víctima o del niño problemático. Frente a la victimización de los menores de edad, así como su consideración únicamente como objetos destinatarios de protección, se impone la idea del niño como sujeto activo y pleno capaz de ejercer derechos tanto como de perseguirlos activamente allí donde todavía no se reconocen. Naturalmente, esto da paso a varios desafíos cruciales, entre ellos el que nos ocupa: la para algunos muy espinosa cuestión de la participación infantil.

Y aunque hoy ya no es excepcional escuchar hablar de participación infantil en sus diferentes grados y manifestaciones, faltaban textos de referencia que desbrozaran el camino. Máxime si entendemos que el enfoque del libro estriba, precisamente, en superar el concepto ortodoxo de participación –fácilmente desvirtuable– por el mucho más sugerente (y audaz) de *protagonismo*. O, como afirman las autoras: trocar la idea de la participa-

* Erika Alfageme Anavitarte, Raquel Cantos Vicent, Marta Martínez Muñoz (2003), *De la participación al protagonismo infantil: propuestas para la acción*, Plataforma de Organizaciones de Infancia, Madrid [ISBN: 84-688-4169-2].

**Doctor en Sociología. Profesor asociado en la Departamento de Sociología y Trabajo Social, Universidad de Huelva (España). Miembro de la Asociación Internacional de Sociología y del Comité de Investigación sobre Sociología de la Infancia de dicha asociación.

ción a secas por la *participación protagónica*, esto es, la que identifica al propio niño como *actor* y no como mero ejecutor o consentidor de algo (pág. 45, punto 2.4 “la participación protagónica”). Porque un propósito tan complejo, el de romper con una larga tradición de invisibilidad y representaciones sociales del niño basadas en la ausencia de éste del mundo público y la toma de decisiones (que es el objetivo último de la participación) necesita de tanta clarificación teórica como de sistematización operativa de protocolos, estilos y procedimientos. Y esta es, sin duda, la gran virtud del texto sobre el que escribo: resulta igualmente satisfactorio tanto para el académico interesado en esclarecer los fundamentos de la representación social de la infancia y los mecanismos de la participación como para el profesional con experiencia en la intervención socioeducativa con niños.

El público al que se dirige, por tanto, es variado (aunque siempre adulto); y esto, lejos de hacer perder al texto profundidad, lo dota de una singular riqueza así en lo expositivo como en lo programático, entendiendo esto último a través del compromiso que las autoras contraen con la consecución y mejora del bienestar de la población infantil. De ahí el significativo subtítulo: *propuestas para la acción*. Efectivamente, hablamos de un libro que nace con vocación eminentemente práctica: de esos que deben arrugarse, mancharse y mojarse, pues es más que probable que se usen sobre el terreno. Para este fin, se destina todo un bloque en el texto (Bloque B: “reflexionando... para actuar”, pp. 53-105) en el que el lector puede encontrar distintas propuestas de muy variopinto pelaje con el común denominador de inducir no sólo a la participación infantil, sino a la reflexión sobre la necesidad de tal participación así como al replanteamiento de la concepción de la infancia entre la población adulta. A modo de ejemplo, algunas de estas actividades tratan de esclarecer cuál es la imagen del niño que transmiten los medios de comunicación, dónde se encuentran las resistencias a la participación, mejorar la visibilidad social de los menores de edad o la potenciación de una visión afín al asociacionismo infantil. Pocos de estos temas son de conocimiento común entre la población general; por esto es tan importante que las actividades que se plantean sirvan finalmente para que el participante cambie tras pasar a través de ellas, y llegue a reconsiderar cuál es el lugar de los niños como miembros de la sociedad, más allá de concebirlos como sujetos excluidos o invisibles. Este

bloque se completa –más que acertadamente– con otro compuesto de sugerencias para la programación desde un enfoque de derechos y una guía de recursos cibernéticos y bibliográficos de indudable utilidad práctica.

Tales propuestas no están articuladas sobre el mero argumento de la practicidad, sino que vienen avaladas por un marco teórico rico y consistente. Se trata de la primera parte del texto (Bloque A: “recorrido temático”), aparentemente sencilla y destinada a ilustrar algunos conceptos fundamentales sobre el proceso de construcción social del concepto de infancia y de la propia participación, pero también muy exhaustiva y académicamente refinada, en la que se combina el texto original con llamadas a las referencias bibliográficas ineludibles (“diálogo con otros autores”). Aquí obtienen respuesta algunas preguntas básicas: ¿por qué la infancia debe ser considerada un fenómeno social?, ¿cuáles son los elementos que componen la representación social de la infancia?, o ¿qué es participar?

Quizás el secreto del texto radica en la diversidad de puntos de vista que en él se han introducido. Ya hemos mencionado que está dirigido a un público diverso que bien podría incluir a los principales representantes de las disciplinas académicas comúnmente involucradas en el trabajo con menores de edad, tales como la antropología, la sociología y la psicología; pero también a profesionales como maestros, pedagogos, educadores de calle, trabajadores sociales y técnicos empleados en diversas ramas de los servicios sociales y de protección del niño. Pero es que el propio texto ha sido concebido por una educadora, una psicóloga y una socióloga, todas ellas con antecedentes relevantes en el trabajo con la población infantil en sus más diversas facetas y en ámbitos muy distintos (tan distintos como las calles de Lima o el tejido asociativo de la Comunidad de Madrid). El resultado final no sólo no se duele de esta pluralidad de enfoques, sino que más bien se enriquece y consigue un recorrido exigente por la realidad del protagonismo infantil en un texto que, por otra parte, apenas supera las ciento veinte páginas, siendo precisamente su brevedad uno de sus escasos defectos, puesto que acaba sabiendo a poco.

Y si un libro se aplaude no sólo por sus resultados, sino por la ambición con que fue planteado, es justo destacar que éste presenta un balance bastante equilibrado entre ambos. Al fin y al cabo, lo que se plantea no es simplemente un manual para la participación infantil (concepto de por sí poco practicado), sino un intento de superar este enfoque introduciendo

un concepto, el de *protagonismo*, virtualmente ausente de la particular cosmogonía epistemológica e intelectual europea, lo que augura una resistencia singular ante la que no se intimidan las autoras. En última instancia, siempre será bueno releer las palabras del ilustre prologuista del texto, Alejandro Cussianovich, cuando afirma que “quedarse en *participación* a secas es quedarse en un enfoque insuficiente, pero además es invitarnos a reconocer que la participación por nada puede ser un fin en sí misma y que ella, en todo caso, es más bien una condición finalizada en algo que la supone, pero que la trasciende y da sentido” (pág. 13). Y eso que trasciende no es más que una invitación formalmente planteada a los adultos hacia la co-participación real del niño en los asuntos que nos conciernen conjuntamente, que son todos los que cuentan.